

Bernal Herrera

***Reflexiones desde la academia. Universidad, ciencia
y sociedad. José María Gutiérrez***
(Editorial Arlekín, San José, 2018, 385 páginas)

El libro de Gutiérrez trata muchos temas concretos, que enmarca en una temática general: los desafíos actuales de las universidades públicas y la producción científica en nuestro país, planteados por las nuevas tendencias socioeconómicas y por diversas situaciones internas. Hay en el texto dos partes diferenciadas. La primera, y más amplia, la forman ensayos sobre los retos y desafíos de la producción científica y de las universidades públicas. Sin abandonar estas temáticas, los ensayos de la segunda parte se centran en temas de las ciencias biomédicas. Por mi formación e intereses, esta reseña se centrará en la primera, pero mucho de lo dicho aplica también para la segunda. Y si bien los ensayos se pueden leer de forma individual, no comentaré ensayos individuales, sino algunos de los principales argumentos derivados del conjunto. Además, y siempre en función de mis intereses y limitaciones, me centraré en los desafíos internos y externos que enfrentan hoy día las universidades públicas, y en particular la Universidad de Costa Rica, dejando de lado el tema de la producción de ciencia en nuestro país, pese a su relevancia a lo largo del texto. Presentaré, en suma, una lectura específica de un texto que puede ser leído de otras maneras.

El título del libro, “Reflexiones desde la academia. Universidad, ciencia y sociedad”, enuncia con precisión su temática y su perspectiva: se trata de un conjunto de reflexiones, desde una perspectiva académica atenta a la esfera sociopolítica, sobre las complejas relaciones entre las

universidades públicas, la producción de ciencia, y las sociedades en que se insertan.

El autor, uno de los principales científicos costarricenses, lanza una mirada en profundidad sobre la vida académica en las universidades públicas, en especial la UCR, y articula un análisis crítico alejado de toda autocomplacencia. Se analizan, desde dentro y con conocimiento de causa, facetas cruciales de la vida institucional, y si bien expone y defiende sus logros y fortalezas, enfatiza sus limitaciones y debilidades, lanzando un llamado a la autocrítica y a tomar medidas correctivas. Como las de Sócrates a Atenas, las críticas de José María Gutiérrez a la UCR están motivadas por el cariño, por la convicción de que lo bueno puede y debe ser mejorado.

Se describen con precisión algunos de los principales desafíos internos y externos que la UCR enfrenta hoy, lo que dada la importancia de esta institución en la vida nacional y regional, sería suficiente para darle gran relevancia al texto. Pero también lanza una mirada al entorno en que se mueve la educación superior pública en los ámbitos nacional, latinoamericano y, a fin de cuentas, global.

De esta mirada surge una de las tesis fuertes del libro: que las universidades públicas sufren hoy día una crisis de legitimidad social, causada por el impacto social de las políticas neoliberales, que al impulsar valores como la prioridad de lo privado sobre lo público, el imperio del mercado sobre otras formas de regulación social, lo individual sobre lo colectivo, y la competencia

sobre la solidaridad, no solo incrementaron la desigualdad y exclusión sociales, sino que cuestionaron los fundamentos de las universidades públicas, según fueron concebidos en América Latina a partir de la Reforma de Córdoba.

Los procesos globalizadores emprendidos en los años 80s, que aumentaron la potencia y penetración del capital y las empresas transnacionales y difundieron los valores neoliberales, serían el contexto global, regional y nacional en que se mueven hoy día las universidades públicas. Frente a ello, el texto lanza un llamado a recuperar y defender la necesidad de construir sociedades más equitativas y solidarias.

Este llamado otorga al libro una dimensión ética infrecuente en los discursos actuales sobre la educación superior. Esta dimensión no solo llama a priorizar la cooperación sobre la competencia, lo colectivo sobre lo individual, y la solidaridad sobre el mercantilismo, sino también a abandonar las zonas de confort, a superar la endogamia y la autocomplacencia. Procesos que, nos dice, sólo serán posibles por el cultivo sistemático del diálogo abierto, crítico y respetuoso. Diálogo entre personas y disciplinas a nivel institucional, entre colectivos de diversas instituciones académicas, entre saberes académicos y comunitarios, entre grupos sociales.

El énfasis en el diálogo es otra de las constantes que amarran el texto y le dan, en los tiempos que corren, parte de su importancia y su urgencia. Pues la dificultad de tenerlo es una de las marcas de los últimos años, parte de un entorno social cambiante, que ya afecta a las universidades públicas. Tras años de ataque mediático, ha empezado a cambiar la percepción que diversos sectores de la sociedad costarricense tienen de ellas. Su larga luna de miel con la sociedad costarricense se ha debilitado. No es que exista ningún rechazo generalizado, y diversas encuestas indican que las universidades públicas, y la UCR en especial, son las instituciones que generan más confianza entre la ciudadanía. Pero el clima mediático de ataque a lo público, de desconfianza social hacia sus instituciones, y hacia casi cualquier instancia de autoridad, han erosionado la imagen de las universidades públicas, si bien en menor grado que la de instancias

como la Asamblea Legislativa, el Poder Judicial y la Iglesia Católica.

El libro argumenta que los ataques y la consiguiente erosión se deben al desfase entre los propósitos democratizantes y solidarios de la universidad pública y el nuevo ambiente socio-ideológico, impulsado por las tendencias neoliberales. Para quienes consideran que el mercado y la iniciativa privada deben ir asumiendo ámbitos y funciones antes reservados a las políticas e instituciones públicas, universidades como la UCR pasan a ser vistas como instituciones dispendiosas. Se trataría, en suma, de un desfase muy distinto de la sintonía existente entre ellas y los anteriores proyectos nacionales de tipo socialdemócrata, al amparo de los cuales nacieron y se desarrollaron, y de los cuales fueron un elemento crucial para su elaboración y desarrollo.

Afirma el autor en el prólogo que su libro es “una invitación al diálogo y al debate.” Una invitación que no encuentro mejor forma de responder que planteando mis escasos desacuerdos con algunas de sus tesis centrales.

No dudo que el cambio en los proyectos de nación está en las raíces del desencuentro entre las universidades públicas y ciertos sectores de la sociedad costarricense. Tampoco dudo que el ensañamiento de diversos medios con las universidades públicas, y con la UCR en particular, esté influido por razones ideológicas. Pero creo que también hay otros factores, como algunas de las debilidades internas que el texto expone, pero sin vincularlas de forma directa con el desencuentro.

En mi opinión, la crisis de legitimidad de las universidades públicas, y de la UCR en concreto, habría sido desencadenada por las nuevas tendencias neoliberales, pero la habrían exacerbado algunos problemas internos de la institución. Dichas tendencias no tuvieron en nuestro país el mismo impacto que en países como Chile y Argentina. Desde los años 80 el estado costarricense, lejos de reducirse, aumentó. Muchas de sus instituciones se debilitaron, caso del CNP, el MAG y el MOPT, pero ninguna se cerró. Hubo aperturas a lo privado en diversos sectores pero no hubo privatización. Se crearon programas como Avancemos, y se fortalecieron las transferencias sociales a los sectores más necesitados. En el caso concreto de las universidades públicas

se estableció el FEES, y los últimos catorce o quince años tuvieron un notable crecimiento presupuestario, que ahora sí llegó a su fin. Algunos, sin duda, desearon emprender reformas neoliberales como las de otros países, pero no lo lograron. Tal vez el estado se debilitó, pero si ello se dio, y no me parece nada evidente, no fue por ninguna inexistente contracción, sino por otros factores. En resumen, que en mi opinión el impacto del neoliberalismo en nuestro país fue, por suerte, limitado, y más que en acciones y políticas se sintió en los valores y conceptos promovidos. Un ámbito en el que sí tuvo un éxito reflejado en el lenguaje, cuando incluso personas que lo rechazan hablan de “sectores productivos” al referirse a los sectores empresariales, como si los demás sectores, incluyendo el público, fueran improductivos. O cuando en las universidades públicas se habla de “vínculo externo” como equivalente al vínculo externo remunerado, siendo así que la mayoría de sus actividades son de vínculo externo, aunque no-remunerado.

Creo, entonces, que si bien las ideas neoliberales desencadenaron la crisis de legitimidad de las universidades públicas, esta no hubiera sido lo que es si no se hubieran sumado factores internos. Veamos dos ejemplos concretos.

Afirma el texto: “La construcción de una actividad académica de excelencia y solidaria pasa, en primer lugar, por revisar las formas en que nos relacionamos entre nosotros al interior de la UCR. Las actitudes mezquinas, la burda descalificación de colegas, la incapacidad para dialogar y buscar espacios de encuentro han de dar paso a actitudes de respeto mutuo, de debate constructivo con base en nuestras propias discrepancias y de capacidad para construir consensos. (...) no podemos mantener al interior de la UCR formas de relacionamiento cargadas de irrespeto hacia los demás.” (91) La afirmación es tan fuerte como cierta. De hecho, este tipo de actitudes han llevado a divisiones internas que acaso solo se comparen con las sufridas luego del 48, cuando académicos de la UCR fueron sometidos al escarnio público por su relación con el Partido Comunista o con los gobiernos de Calderón Guardia y de Teodoro Picado. La historia nunca se repite tal cual. Antes el escarnio se hacía en persona, paseando al individuo en carretón por el

campus; hoy día se ejecuta en las redes sociales con memes e insultos. Y si en el 48 las divisiones fueron por razones ideológicas, hoy día lo son por otro tipo de motivos. Aclaro: divisiones y diferencias siempre las hubo, son parte de la vida institucional. Lo novedoso en las recientes fueron su enconamiento y, para efectos de la imagen pública, que grupos internos las ventilaran en los mismos medios de comunicación que han atacado sistemáticamente a la institución.

Otro factor interno que ha afectado la imagen institucional es su estructura salarial, a la que el texto se refiere cuando habla de “la tensión entre políticas salariales equitativas y de estímulo y aquellas que tienden a la inequidad y los privilegios”. Un tema que, pese a recientes esfuerzos y logros como la reducción de la anualidad, sigue pendiente. Este es un tema complejo y delicado, y para no ser malinterpretado aclaro que estoy convencido de que los principales problemas salariales del país se dan en el sector privado. Los amplios sectores que allí ganan menos del salario mínimo, el hecho de que este último sea más bajo para mujeres que para hombres, o que las distancias entre los salarios más bajos y más altos sean mucha más grandes allí que en el sector público, son situaciones mucho más preocupantes que las del sector público, aunque por razones ideológicas y prácticas casi nunca sean tocadas en los medios. Pero ello no elimina la existencia de abusos en las estructuras salariales de una institución como la UCR, y mientras esta situación perdure siempre habrá un flanco para el ataque mediático. No solo se trata de que nuestra estructura salarial es presupuestariamente insostenible a mediano y largo plazo; también es éticamente insostenible. Pues, ¿cómo criticar, por ejemplo, la subida del coeficiente de Gini a nivel nacional, si al aplicar dicho coeficiente a los salarios institucionales también allí crece?

De las varias tensiones que el libro ubica en la UCR me interesan aquí dos: la primera, definida como la central, se da “entre el fortalecimiento del carácter público de la universidad y las tendencias que procuran debilitarlo” (33). La segunda se da entre la tendencia a la innovación y el cambio, y el aferramiento a las formas y costumbres ya afianzadas (32). Tensiones ambas que

se expresan de diversa manera, y que interactúan de forma compleja.

La primera se expresaría, por ejemplo, en los conflictos entre las “visiones integrales y reduccionistas del desarrollo universitario” (35), “entre una visión solidaria y democratizante de acceso a la educación superior y las visiones que no consideran esto una prioridad” (43), o “entre concepciones diferentes del vínculo externo de la universidad con los sectores externos” (48). Son tensiones reales, que el libro plantea en un doble plano: entre grupos internos a la UCR, y entre la institución como un todo y el nuevo entorno sociocultural. En ambos casos los contendientes serían los mismos: de un lado quienes creen en la equidad y la solidaridad, y del otro quienes aceptan y defienden los valores neoliberales. Se trataría, en suma, de contiendas entre la derecha y la izquierda, para utilizar un lenguaje en desuso pero útil. No concuerdo del todo con esta visión, por las siguientes razones.

La primera es que ni la derecha ni la izquierda nunca han sido bloques homogéneos. En Costa Rica la derecha incluye actores tan distintos como La Nación, defensora del proyecto de reforma fiscal, la fecundación in vitro, el matrimonio civil igualitario, y acaso la reglamentación del aborto terapéutico, y los diputados evangélicos, ya divididos en dos bloques, pero unidos en su oposición a todos estos temas, oposición que podría variar en el tema fiscal, pero será acérrima en los otros. En cuanto a la izquierda, conozco a personas con una larga trayectoria de militancia en la izquierda, que siguen siendo de izquierda y que apoyan las mencionadas propuestas, pero también a otras con trayectorias similares que adversan una o más de ellas. Que algunos miembros de este segundo grupo califiquen de conservadores e incluso de fachos a los miembros del primero nos habla del actual nivel de discusión político-cultural, no de la posición política de las personas así calificadas. Tal vez la variedad interna de la izquierda y la derecha no afecte sus actitudes básicas frente a las universidades públicas, pues en general la derecha las adversa y la izquierda las defiende, pero sí vuelve conveniente establecer matices. Así, la derecha no ha mostrado hacia el Tecnológico, la UNED y la UTN la misma animadversión

mostrada hacia la UCR y la UNA. En el caso de la izquierda, es sintomático que los sindicatos, que se suponen de izquierda, recientemente prefirieran la mediación de la Iglesia Católica a la de CONARE.

Más allá de estos matices, que pueden parecer triviales, mi principal diferencia viene de que no creo que tensiones internas de las universidades públicas como las descritas en el libro pasen por conflictos entre izquierda y derecha. Es claro que ello no es así, y el libro no pretende, en el caso de los problemas que la endogamia representa para la internacionalización, las dificultades académicas y administrativas que encuentran los emprendimientos interdisciplinarios, la inoperancia de los mecanismos de evaluación de las labores académicas, el exceso de tiempo asignado al personal académico a labores no-académicas, los rezagos académicos de diversas áreas, lo engorroso de algunos trámites y el exceso de estos, el muy desigual desarrollo académico de las diversas áreas académicas, lo inadecuado de las estructuras salariales y, sobre todo, la falta de rigor y autocrítica de diversos sectores institucionales.

Pero tampoco la que el texto denomina la tensión central interna, ello es, “entre el fortalecimiento del carácter público de la universidad y las tendencias que procuran debilitarlo”, me parece reducible al enfrentamiento entre una izquierda que defiende tal carácter público y una derecha que desea debilitarlo. No dudo, por su creencia en la superioridad de lo privado sobre lo público, y por el deseo de privatizar diversas actividades que llevan a cabo las universidades públicas, que amplios sectores de la derecha deseen debilitarlas. Pero aquí también es necesario matizar. Diversos sectores empresariales, en especial los que requieren conocimientos y tecnologías más sofisticados, comprenden la necesidad y conveniencia de contar con una universidad como la UCR. Casos como el desarrollo de la actividad cafetalera en el pasado, y el caso actual de INTEL, por citar solo dos, ejemplifican esto. Más dividida aún está la izquierda sobre las formas de fortalecer la institución. Si vemos el rechazo frontal del SINDEU y sectores afines de izquierda a los recientes esfuerzos por cambiar las estructuras salariales institucionales, y

su disposición a ventilar conflictos internos en medios como La Nación, empezamos a darnos cuenta de lo complejo del panorama.

Convertir a la izquierda en defensora intrínseca de la universidad pública y a la derecha en adversaria no menos intrínseca, puede limitar el análisis y las propuestas en consideración. Tal es lo que ocurre, por ejemplo, en el tema de si deben fijarse o no prioridades de investigación. El libro rechaza, y yo concuerdo, en que debe rechazarse la fijación de prioridades siguiendo criterios mercantiles. Pero existen criterios de prioridad que no son mercantiles, como la necesidad de atacar problemas nacionales. Priorizar líneas de investigación ayudaría a impulsar una de las políticas que el libro propone: el reforzamiento y promoción de equipos de investigación alrededor de líneas y problemas definidos. Algo que tendría efectos positivos en el tema de las evaluaciones de la investigación, pues una cosa es rendir cuentas de lo hecho ante un equipo que trabaja colectivamente, a que un investigador solitario, que acaso trabaja un tema que nadie más maneja, lo haga mediante un informe ante una vicerrectoría. Evidentemente una cosa es priorizar y promocionar líneas de investigación y otra muy diferente apoyar únicamente lo priorizado, lo que no apoyo. Mi punto es que ver, desde una óptica de conflicto entre izquierda y derecha, la priorización de líneas de investigación como algo que debe ser resistido, no da cuenta de la complejidad del tema.

Tal y como afirma el libro, tenemos que poner a debate muchas de las costumbres y estructuras actuales, como única forma de, escuchados los diversos argumentos, tomar las mejores decisiones. El tiempo dirá si esto será o no posible, pues las opiniones están muy asentadas y las pasiones desatadas, y una cosa es el diálogo respetuoso de una actividad como esta, y otra muy diferente los conflictos internos donde no se oyen argumentos, o los ataques externos de

quienes buscan la paja en el ojo ajeno y esconden la viga en el propio.

En resumen, que siendo totalmente cierto, y no debemos olvidarlo, que hay un conflicto ideológico real entre las universidades públicas y los grupos externos que la adversan, también lo es que ellas, y en concreto la UCR, tienen numerosas debilidades internas que no han sido producidas por dichos grupos, pero que sirven para alimentar sus ataques. La UCR tiene inequidades y problemas internos con los que sectores institucionales de izquierda y derecha parecen sentirse igualmente cómodos, por lo que no creo que deban ser analizados a la luz de su conflicto.

Lo que he dicho no le hace justicia a un libro que desarrolla, además de los aquí comentados, muchos otros temas, de los muy concretos como la necesidad de hacer más rigurosa las políticas de contratación docente de la UCR, a otros tan generales como las relaciones entre la ciencia y la tecnología, o entre ambas y el bienestar social.

Vivimos tiempos difíciles, conflictivos, y las universidades públicas están en el ojo del huracán. Justo el tipo de momentos en que más falta harán unidad interna para defender las fortalezas institucionales, autocrítica para ubicar y analizar las debilidades, y decisiones que permitan corregirlas. Todo ello será imposible sin diálogo y sin una disposición real a salir de las diversas zonas de confort existentes. No siendo muy optimista sobre la posibilidad real de que ello se dé, tampoco lo considero imposible. En este panorama incierto, una de mis pocas certezas es que si el diálogo se va a dar, si la autocrítica se va a producir, si las decisiones se van a tomar, el libro que hoy se presenta será, deberá ser, un insumo imprescindible.

Bernal Herrera (bernalhe@yahoo.com).
Profesor emérito de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica.